

[Traducción]

Telepatía y percepción / *Telepathy and Perception* (II)

CHALAS S. PEIRCE
(1903, CP 7. 597-688)

Traducción: ANA MARÍA MORILLA
IIRS
✉

Telepathy and Perception, publicado en CP 7. 597-688 (Libro III: Filosofía de la mente, capítulo 5) ha sido datado por los editores en 1903, a partir de referencias —que aparecen en el manuscrito— a la correspondencia entre Peirce y James sobre telepatía (*James collection, Houghton Library*) y por comentarios (que parecen ser manuscritos de James) en el margen de la primera parte.

Según los mismos editores, éste era un primer bosquejo del cual Peirce se propuso extraer un artículo de revista. Peirce dividió el manuscrito en seis secciones (sin títulos); las secciones del actual capítulo son iguales a las que consignó Peirce, pero los títulos han sido asignados por los editores. Ellos son: 1. Telepatía; 2. La actitud científica; 3. Percepción; 4. Un programa; 5. El percipuum y 6. Conclusión.

En el número anterior de *AdVersus*, presentamos la traducción al español de los primeros tres apartados: 1. Telepatía; 2. La actitud científica y 3. Percepción. Aquí agregamos la traducción de los tres restantes que completan el manuscrito: 4. El programa; 5. El Percipuum y 6. Conclusión.

TELEPATÍA Y PERCEPCIÓN

§ 4. Un programa

637. Habiéndonos familiarizado un poco de este modo con las características de la percepción, seguiremos con una línea de pensamiento que el programa puede establecer de antemano.

638. Ninguna clasificación científicamente valiosa puede trazar una línea de demarcación entre formas que se diferencian indefinidamente poco. Comenzaré por mostrar que este principio, al que me referiré como el «principio serial»,¹³ nos obliga a clasificar como percepciones muchas ideas que popularmente no se consideraban de esta clase.

639. Por la continua aplicación del mismo principio, voy a ampliar cada vez más nuestra noción de lo que incluye la percepción. Voy a tratar particularmente de traer a la luz la verdad, que a pesar de lo que ya he dicho, implica la verdad de aquella doctrina de la percepción directa, o «inmediata» del mundo exterior, enseñada por los Aristotélicos, por Kant, y por los filósofos de la escuela Escocesa, aunque no podemos rehusar el nombre de percepción a para mucho de lo que con razón rechazamos por irreal; en efecto, los sueños y las alucinaciones son clasificados muy comúnmente como percepciones.

640. De esta manera, voy a considerar un cierto grupo de ideas —les ruego me permitan no divulgar la especificación de qué grupo es, por el momento— de las cuales el lenguaje instintivo ordinario habla como percepción, pero que, tan pronto como uno se compromete a ser más preciso en el propio discurso, por lo general nunca piensa en clasificarlas así; y espero dar buenas razones para sostener eso, en este particular, el instinto es correcto y la pedantería lo incorrecto. De este grupo de ideas, sin embargo, la gran mayoría son ilusorias, la pequeña minoría decididamente verídicas y no meramente verdaderas por coincidencia fortuita. El físico se pondría a sí mismo en ridículo si fuera el último de todos los hombres en poner esto en tela de juicio.

641. Con este grupo de ideas procedo a comparar toda la serie de alucinaciones, a las que no hay ninguna buena razón para separar en verídicas y no verídicas, y a las que sí hay una buena razón para considerar mucho más frecuentes de lo que el censo de la Society for Psychical Research admite. Se van transformando en *desatinos*, los cuales la gente común comete de una a

¹³ (Ed.) Cf. Doctrina de sinequismo de Peirce, 7.565ff.

decenas de veces por día. En vista de esta comparación y de todas las características que se han desarrollado de las percepciones ordinarias en su dominio ahora más amplio, me pregunto, para empezar por el final, si es que van a estar más de acuerdo con la experiencia general para esperar que alguna fracción de las alucinaciones tenga una pronunciada tendencia a ser decididamente verídica o que ninguna lo sea. De allí pasaré a las dos preguntas que son realmente pertinentes a las posiciones actuales de opinión: primero, si, en el caso de que tuviéramos que admitir, lo que está muy lejos de una aseveración razonable, que todas las historias que los telépatas consideran maravillosas y que están apoyadas en testimonios de peso real fueran historias reales, habría motivos para admitir un modo de comunicación entre las mentes, en esos casos, que difiere radicalmente de modos que son ordinarios; segundo, si están en consonancia con la experiencia ordinaria como para ser tan extremadamente escépticos sobre el carácter decididamente verídico de visiones ocasionales de lo que está más allá del conocimiento de los sentidos, como tienden a ser las bases de los físicos .

§ 5. El Percipuum

642. Si hay alguna novedad en la sugerencia que voy a hacer —y debo confesar que me temo que la hay— se encuentra sólo en la yuxtaposición de ideas. Los hechos que voy a aducir son para el psicólogo meros lugares comunes. En la clasificación de ellos me esfuerzo para eliminar las pedanterías y formalismos que se conservan por comodidad en los libros, pero a los que los psicólogos no le atribuyen mayor importancia; y esto lo hago por la aplicación del citado principio de la formación de series casi continuas, cuyo principio es el indicio principal lo que los taxonomistas biológicos —los grandes maestros de la clasificación y de la terminología— están acostumbrados a utilizar. Dirigiéndome, como lo hago, a un lector que me atrevo a decir ha leído uno o dos libros sobre psicología, pero que no ha insistido lo suficiente sobre el tema para evitar ser impresionado por las ideas más tangibles, rígidas, y muertas, —o cadáveres de ideas—, en lugar de aquellas más esquivas, fluidas, y vivas, mi preocupación principal será corregir tales nociones. Si el lector viene con una mente fresca poco afectada por dicha lectura, seguirá mi explicación tanto más fácilmente.

643. No sabemos nada acerca del percepto más que por el testimonio del juicio perceptual, a excepción de que sentimos su impacto, su reacción contra nosotros, y vemos su contenido dispuesto en un objeto, en su totalidad, —a excepción también, por supuesto, de lo que los psicólogos son capaces de distinguir por inferencialidad—. Pero en el momento en que fijamos nuestra mente en él y *pensamos* la cosa más insignificante acerca de él, es el juicio perceptual que nos dice lo que «percibimos». Por esta y otras razones, propongo considerar el percepto, de la manera en que es inmediatamente interpretado en el juicio perceptual, bajo el nombre de «percipuum». El percipuum es, entonces, lo que se impone a sí mismo sobre nuestro reconocimiento, sin ningún por qué ni para qué, de modo que si alguien nos pregunta por qué deberíamos considerarlo de tal y cual forma, todo lo que podemos decir es, «No puedo evitarlo. Así es como yo lo veo». Por ejemplo, una de las preguntas tontas que solían abundar en los tratados sobre la física era por qué las cosas se veían con el lado derecho hacia arriba, cuando las imágenes de las dos retinas estaban al revés; y se daban diversas y sabias razones, más o menos abstrusas para explicarlo. Esos argumentos podrían haber demostrado que las cosas realmente son boca arriba, o quizás podrían haber mostrado lo que las agencias fisiológicas y psíquicas nos hacen considerar como boca arriba; pero si alguien nos preguntara por qué *debemos* considerar las imágenes visuales boca arriba como las cosas mismas, en lugar de al revés como las imágenes ópticas en la retina, y cómo justificarlo, la única respuesta posible sería «ellas se ven así, y no puedo hacer que se vean de otra manera», sea o no razonable que así se vean. A veces, cuando he estado sentado en un vagón de tren que estaba parado y otro tren estaba pasando lentamente, me molesté por la falta de razonabilidad de que me pareciera que nuestro tren era el que se estaba moviendo y el otro tren el que estaba en reposo. He razonado con mi percepción. He preguntado, «¿Hay vibración como la que hay cuando uno está en un coche en movimiento?» No. «¿Hay algún ruido de las ruedas?» No. «¿Hay algo en el aspecto de cualquiera de los dos trenes que indique que nos estamos moviendo más que ellos?» Todo lo contrario. «Entonces, ¿por qué tengo la idea de que ese tren está en reposo y que nosotros nos estamos moviendo?» No hay una respuesta, excepto que tal es el percipuum, y no puedo evitarlo.

644. No hay diferencia entre una percepción real y una alucinación, tomadas en sí mismas, o si la hay, es totalmente insignificante. La diferencia es que las predicciones racionales basadas en la alucinación serán susceptibles de ser

falsificadas —como por ejemplo, si la persona que tiene la alucinación espera que otra persona vea lo mismo—; mientras que las predicciones verdaderamente sólidas basadas en percepciones reales se supone que *nunca* son falseadas, aunque no tenemos ninguna razón positiva para asumir eso. Pero esta diferencia entre las alucinaciones y las percepciones reales es una diferencia con respecto a las relaciones de los dos casos con otras percepciones: no es una diferencia en las presentaciones mismas. A los efectos de la psicología fisiológica, puede ser adecuado y necesario ponerlas en diferentes clases. Esa es una rama de la ciencia con la que no estoy preocupado. Pero para fines lógicos, es decir, en lo que respecta a sus relaciones con el conocimiento y la creencia, que es la preocupación de todo este trabajo, deberían ser consideradas como un solo y mismo fenómeno, en sí mismas.

645. Así del mismo modo todas las alucinaciones, las no verídicas, las fortuitamente verídicas, y las determinadamente verídicas, son en sí mismas, para nuestros propósitos, todas uno y el mismo fenómeno.

646. Pero esto no es todo. El principio serial no nos permitirá trazar una línea fija y firme de demarcación entre la percepción y la imaginación. La psicología fisiológica puede estar justificada u obligada a separarlas. No es de mi conocimiento ni interés. Pero, en cuanto a su relación con el conocimiento y la creencia, el percipuum no es más que un caso extremo de la fantasía.

647. Todos sabemos, demasiado bien, cuán terriblemente insistente puede ser la percepción; y sin embargo, a pesar de ello, en sus grados más elevados de insistencia, puede ser totalmente falsa —es decir, puede no haber en la masa general de la experiencia, pero ser una terrible alucinación—. En otros casos, la insistencia del percipuum puede tener algo de farsa. Es decir, puede resistir todos los torpes intentos para desbaratarlo, aunque sean muy enérgicos, y sin embargo, cuando uno conoce el truco adecuado es curioso ver cuán fácilmente es derribado. Por ejemplo, ese tren en movimiento que parece inmóvil no se moverá aún cuando uno pueda tratar de obligarlo a hacerlo. Sin embargo, si uno sólo mira hacia abajo y mira las ruedas girar, en muy pocos segundos, parecerá ponerse en marcha. El percipuum, insistente como es, no es tan persistente ni parecido al objeto como uno se inclina a creer. Hay una figura muy conocida, el contorno de un tramo recto de escalera contra una pared visto en perspectiva de lado. Se llama Escalera de Schroeder.¹⁴ Cuando la miramos

¹⁴ Fue descubierto por H.G.F. Schroeder en 1858. Poggendorff Annal en CV, 298.

parece que estamos mirando los escalones desde arriba. No se puede concebir de otra manera. Continuamos mirando fijamente, y después de dos o tres minutos la pared del fondo de la escalera va a saltar hacia adelante y ahora estaremos mirando la parte inferior de los escalones desde abajo, y nuevamente no se puede ver la figura de otra manera. Después de un intervalo más corto, la pared superior, que ahora está más cerca de nosotros, se irá hacia atrás, y volveremos a mirar desde arriba. Estos cambios se llevarán a cabo cada vez más y más rápidamente, el aspecto desde lo alto siempre durando más tiempo, hasta que al fin, encontraremos que se puede ver en ambos sentidos a voluntad. Pero pongámoslo a un lado durante más o menos un cuarto de hora, y nos daremos cuenta de que hemos perdido ese poder. Sin duda, la repetición frecuente del experimento resultará en un control total sobre él. Por lo tanto hemos convertido, por un breve proceso de educación, un percipuum incontrolable en una imaginación controlable. Una de las dificultades reconocidas de toda la medición psicofísica es que las facultades pueden rápidamente llegar a educarse a un grado extraordinario. Por ejemplo, los colores contrastantes, expuestos correctamente, son increíblemente vívidos. Es bastante difícil convencerse de que no son reales. Sin embargo, el experimentador será, con el tiempo, casi incapaz de percibirlos. Este es un caso en el que el mismo curso educativo que da el control sobre las apariencias que a veces concuerdan y otras no con la masa de experiencias, solo sirve para reforzar la contundencia de esas apariencias que siempre están de acuerdo.

648. Es una pregunta difícil, si el principio serial nos permite trazar líneas claras de demarcación entre el percepto y la anticipación temprana, o digamos el *antecepto*, y entre el percepto y la memoria reciente (permítanme llamar a esto el *ponecepto*, un recuerdo lejano y dudoso quizás sea otra cosa), o si el percepto es a la vez, un caso extremo de un antecepto y un caso extremo de un ponecepto. O más bien —me disculpo con el lector por la torpeza de mi expresión— la pregunta precisa no es acerca de percepto, antecepto y ponecepto, sino acerca de percipuum, *antecipuum* y *ponecipuum*, es decir, las interpretaciones directas e incontrolables de percepto, antecepto, y ponecepto. Seguramente no habrá ninguna objeción a comenzar la discusión preguntando que tiene que ver la liberación de un flujo de tiempo, digamos por ejemplo, del movimiento de una estrella fugaz, con el tema que nos concierne; porque esta investigación no puede dar lugar a que sepamos menos sobre la cuestión principal de lo que sabíamos antes. Los psicólogos sostienen que no nos hará saber más [de lo que ya sabemos] porque la cuestión no es que el

percipuum represente la naturaleza de las transformaciones de antecipuum en percipuum y de percipuum en ponecipuum, [como posibilidad] sino de lo que de hecho [ya] son efectivamente. Se observará que, al presentar la cuestión de esta manera, los psicólogos están asumiendo que el tiempo realmente es como nuestra metafísica de sentido común, o más bien como su propia interpretación de la metafísica de sentido común, lo representa. Lo que ellos dudan es si el percipuum concuerda con los hechos, es decir, con su interpretación de la masa general de la experiencia, o bien, ya que la experiencia no es más que la interpretación de percipuum, lo que dudan es si el percipuum concuerda con una interpretación de una interpretación de sí mismo, al igual que uno se pregunta si el testamento griego concuerda fielmente con la versión autorizada, si Jesús era un devoto cristiano y podría firmar los treinta y nueve artículos, si Platón, Isócrates, Tucídides y el resto de los prosistas de la época escribían con buena gramática, o cosas similares.¹⁵ Me temo que no seré capaz de seguirlos muy lejos en esta profunda y oscura exploración.

649. Si quisiéramos saber lo que el percipuum del curso del tiempo es, todo lo que tenemos que hacer es abstenernos de sofisticarlo, y él será lo suficientemente claro. Nada más que el momento presente nos enfrenta directamente. El futuro, por más poco que sea, es conocido sólo por la generalización. El pasado, por más poco que sea, carece de la explicitación del presente. Sin embargo, en el momento presente estamos directamente conscientes del paso del tiempo, o en otras palabras, que las cosas pueden cambiar.¹⁶ Varios otros puntos están claramente presentes en el percipuum, pero ellos están implícitos en lo que se ha dicho. Diversas escuelas de filosofía toman este testimonio del percipuum como contrario a la sana razón y, en consecuencia, lo consideran falso, o llegan a la conclusión de que los hechos realmente son absurdos, o ambos. Pero se me ocurre que si bien no es la empresa de los hechos ajustarse a lo que M o N aprueben como un razonamiento profundo, sí es la empresa de la lógica de M y de N ajustarse a los hechos.

650. Sin exageraciones para desarrollar todas las implicaciones del tratamiento del percipuum a fin de demostrar la exactitud de la interpretación requeriría un

¹⁵ Yo mismo fui severamente reprendido, increpado, aplastado, rebajado a mi verdadera insignificancia, por un eminente lógico francés, por atreverme a hablar despectivamente de una obra de genio tan sublime como el álgebra de relativos duales, esta álgebra que resulta ser una cosa de mi propia invención.

¹⁶ (Ed.) Cf. 5,205, 6,109 a 110.

pequeño tratado, si estuviese escrito en inglés, o uno mucho más largo si lo hiciera en alemán. Pero voy a tratar de resumir lo que el resultado de la discusión sería, a fin de que sea medianamente comprensible.

651. Kant acertó cuando dijo que cada parte de un lapso de tiempo era un lapso de tiempo. Pero aquí, como en muchas partes de su filosofía, Kant no se entiende muy bien a sí mismo, e imaginó que al decir que toda parte de un tiempo es un tiempo solo había dicho que el tiempo era infinitamente divisible.¹⁷ ...¹⁸.

652. Pero a pesar de que Kant incautamente confundió la idea de que el tiempo, «intuido», (para usar su lenguaje, porque él mismo traduce su *Anschauung* por la palabra en latín *intuitus*) no tiene partes que no sean ellas mismas tiempo, con la muy diferente idea, de que *hay* una manera de dividir el tiempo para nunca alcanzar una última parte (aunque esas partes puedan existir), aún así, su razonamiento, tomado como un todo, es solo coherente con la idea de que el tiempo intuido no tiene partes finales, o instantes. Comparto esa opinión, sustituyendo el percipuum por su intuición. De esa manera, lo que los matemáticos llaman «continuidad» se convierte, para mí, en «pseudo-continuidad».

653. Por supuesto, si no hay tal cosa como un instante absoluto, no hay nada *absolutamente presente*, ya sea de forma temporal o en el sentido de la confrontación. De hecho, estamos por lo tanto cerca de la doctrina del Sinequismo, que es que a los elementos de la terceridad no se les puede escapar completamente. El momento presente será de un lapso de tiempo, altamente confrontacional, si se mira como un todo, pareciendo absolutamente así, pero cuando se le observa de cerca, ya no parece absolutamente así, sus partes más tempranas son un tanto de la naturaleza de la memoria, un poco vaga, y sus partes posteriores un tanto de la naturaleza de la anticipación, un poco generalizada. Contiene una parte central que aún es más presente, aún más confrontacional, pero que presenta las mismas características. No hay nada en absoluto absolutamente confrontacional; si bien es cierto que lo confrontacional fluye continuamente sobre nosotros

¹⁷ En el "Monist" de julio de 1892, lo seguí en este malentendido; mi noción de continuidad en esa fecha, estaba muy lejos de ser clara. (Ed.) Cf. 6.120ff.

¹⁸ (Ed.) El editor ha borrado un largo pasaje sobre la continuidad, que presenta material ya cubierto en 6.120ff. y 6.174ff.

654. Yo afirmo, pero no demuestro, que si mi exposición de lo que yo llamo la parte esencial de la discusión sobre el percipuum es fiel, entonces la interpretación presentada es la única demostrable posible. Pero a pesar de que en realidad no la demuestro, voy a mencionar algunas de las características secundarias de las declaraciones sobre percipuum que tienden a confirmar enérgicamente la interpretación.

655. Una de ellas es que cualquier multitud de cambios no demasiado grande para ser sucesiva en cualquier sentido, podría llegar a tener lugar en cualquier lapso de tiempo, aunque éste sea corto. Ahora dos cosas son demostrables (aunque nuevamente me reservo las demostraciones). Una de ellas es que *ninguna* multitud es tan grande como para prevenir que una colección de objetos de esa multitud sea ordenada linealmente.¹⁹ La otra es que no hay multitud máxima. Se deduce, entonces, de lo que se acaba de exponer, que las posibles divisiones mutuamente excluyentes de cualquier tiempo, por breve que sea, exceden toda multitud. En ese caso, el tiempo no sólo no puede tener meramente la pseudo-continuidad de la cantidad, ya que la multitud de cantidades²⁰ es bien conocida por ser la única segunda de una serie interminable de grados de multitud infinita, sino que no puede estar compuesta de instantes en absoluto (como muy bien podría ser y todavía exceder enormemente la diferenciación de la cantidad), ya que toda la colección de tales instantes tendría una multitud.

656. Otra simple aproximación al percipuum es que el momento se funde en el momento. Es decir, los momentos pueden estar relacionados como para no estar totalmente separados y sin embargo no ser lo mismo. Obviamente, esto sería así de acuerdo a nuestra interpretación. Pero si el tiempo se compone de instantes, cada instante es exactamente lo que es y no es en absoluto ningún otro. En particular, dos cantidades reales cualquiera difieren por una cantidad finita.

657. Aún otra consideración más sobre percipuum es que cada intervalo de tiempo tiene un principio y un fin, un momento inicial y un momento final, es decir, un momento antes del cual no hay un momento de intervalo y un momento después del cual no hay un momento de intervalo. Nuevamente, esto es obviamente cierto de acuerdo a nuestra interpretación; y si el momento terminal fuera apartado, es decir, no reconocido como perteneciente al

¹⁹ (Ed.) Cf. 3.567, 4.639ff.

²⁰ (Ed.) Es decir, los números reales.

intervalo, aún así lo que quede tendría un momento terminal. Si sólo un momento fuera descartado al final, el nuevo momento terminal no sería del todo diferente de lo que habría sido el momento terminal. Por supuesto, la expresión «sólo un momento» se puede entender solamente en un sentido relativo. Esto concuerda con precisión con el *percipuum*, según el cual si de una línea terminada, el punto terminal fuera descartado, lo que queda todavía tiene un final que es sustancialmente idéntico al antiguo final. Hago un llamamiento a la conciencia del lector para que exprese si eso no es así. Pero si el tiempo se compone de instantes, y el último instante de un intervalo fuera borrado, el intervalo se quedaría *sin ningún final*. Porque si tuviera alguno, entonces antes de que el último fuera descartado, no habría ningún instante entre este último original y el instante que se convierte en el último después de la eliminación. Pero decir que no hay un momento entre dos momentos distintos queda monstruosamente en conflicto con el *percipuum*, demasiado como para que cualquier hombre razonable lo pueda mantener. Tal noción sería refutada en una docena de maneras.

658. Por el momento, aunque no he agotado mi repertorio de razones para pensar que el *percipuum* relativo al flujo del tiempo se debe interpretar como digo, hasta ahora he dicho lo suficiente para convencer a cualquier razonador superior —o he estado lo más próximo a convencerlo mientras su prudencia le permita ser convencido hasta que haya tenido tiempo para la reconsideración—. Pronto aparecerá una confirmación adicional; pero podemos pasar ahora a la cuestión de si el testimonio de *percipuum* es veraz o no. Es obvio que un *percepto* no puede ser falso, ya que no hace ninguna afirmación y no es una propuesta, ya sea indicativa, interrogativa, optativa, imperativa, o de cualquier estado de ánimo; y pocos filósofos pensarán hoy lo contrario. En verdad, es un argumento común que hasta una alucinación no sea falsa. Me ahorraría problemas en mi presente argumentación si pudiera tomar ese atajo hacia la verdad, pero me temo que no puedo hacerlo.

659. Debemos entrar por unos pocos momentos en el campo de la metafísica. Porque nosotros estamos investigando cómo son realmente las cosas más allá de lo que podamos pensar. ¿Qué es la realidad? No habría tal cosa como la verdad a menos que hubiera algo que es como es, independientemente de cómo podamos pensar que sea.²¹ Esa es la realidad, y tenemos que investigar cuál es su naturaleza. Hablamos de *hechos precisos*. Deseamos que nuestro

²¹ (Ed.) Cf. 8.12ff.

conocimiento se ajuste a los hechos precisos. Ahora bien, la «precisión» del hecho radica en la insistencia del percepto, su insistencia completamente irracional —el elemento de Segundidad en él—. Ese es un factor muy importante de la realidad. Pero este factor no se limita al percepto. No podemos saber nada acerca del percepto, —sólo experimentarlo en su totalidad— excepto por el juicio perceptual, y esto de la misma manera obliga a la aceptación, sin ninguna razón atribuible. Esta compulsión indefendible del juicio perceptual es precisamente lo que constituye la fuerza lógica de la demostración matemática. Uno podría sorprenderse si encasillara la demostración matemática junto a cosas injustificadamente obligatorias. Pero es verdad que el nodo de cualquier comprobación matemática consiste, precisamente, en un juicio en todo sentido similar al juicio perceptual con la única excepción de que en lugar de referirse a un percepto impuesto a nuestra percepción, se refiere a una imaginación de nuestra creación. Ya no hay más «por qué» ni «para qué» sobre él, que sobre el juicio perceptual, «Esto que está delante de mis ojos se ve amarillo». Para mostrar esto, debo tomar un ejemplo de una demostración matemática, y para la comodidad del lector tomaré una extremadamente simple. Al mismo tiempo, debe ser de una naturaleza lo más abstracta posible, o podría decirse que si las matemáticas intuitivas fueran perceptuales o no, esta no sería la naturaleza de todas las matemáticas.

660. Voy a comenzar con la siguiente premisa, que es el caso de los números enteros: si cualquier predicado, P , fuera cierto del número 0, *cero*, pero no de todos los números, entonces debe haber dos números M y N de manera tal que N es el sucesivo mayor [*next greater*] de M , y P , es válido en el caso de M , pero no en el caso de N .

661. Desde aquí procedo a probar, en primer lugar, que no hay un número, excepto cero que no sea el sucesivo mayor de cualquier número distinto a sí mismo. Si existiera tal número, llamémosle A . Entonces el predicado que «no es A » sería cierto de 0 (ya que A se supone otro que 0), pero no de todos los números (ya que no sería cierto de A). Sin embargo, no habría ningún número del que fuera cierto que no fuera A mientras hubiera un número sucesivo mayor de este número del cual esto no fuera cierto (ya que A no es, por hipótesis, sucesivo mayor a ningún otro número más que de sí mismo).

662. Probaré aún más, desde la misma premisa que no existe un número excepto el cero que no se pueda alcanzar desde cero por medio de un conjunto finito de pasos sucesivos, cada uno pasando de un número a [un] número

sucesivo mayor a él. Por un conjunto «finito» se entiende la multitud de cualquier colección [para lo cual, esa colección] siendo sustituido por «hotentotes» en el siguiente silogismo, este silogismo sería válido:

Cada Hotentote mata a un Hotentote;

Ningún Hotentote es asesinado por más de un Hotentote;

Por lo tanto cada Hotentote debe ser asesinado por un Hotentote.

663. Primero voy a demostrar que si un individuo está unido a un conjunto finito, la colección seguirá siendo finita. Para ello, lo primero que observo es que las premisas del silogismo mencionado arriba no dicen nada sobre las diferencias individuales de los Hotentotes, y por lo tanto, si un recién llegado sustituyera a uno de los Hotentotes y la conclusión lógicamente siguiera las premisas antes de la sustitución, también lo haría después de la sustitución. (Hay otras formas de hacer esto evidente.) Supongamos ahora que la tribu se incrementara en un hombre nuevo. Si la colección de esta manera dejara de ser finita, las premisas podrían seguir siendo ciertas de los nuevos Hotentotes (es decir, de la tribu así aumentada) y aún así, algún hombre podría escapar de ser asesinado. Podemos suponer por conveniencia, que se trata del recién llegado (ya que hemos visto que una mera sustitución de quién mata a quién no hace ninguna diferencia). Entonces ningún Hotentote mata al recién llegado pero cada Hotentote aún mata a algunos Hotentotes. Por lo tanto él tiene que matar a uno de los viejos Hotentotes. Entonces como antes cada viejo Hotentote mataba a un viejo Hotentote y siendo los viejos Hotentotes una colección finita, cada viejo Hotentote es asesinado por un viejo Hotentote. Pero ningún hombre es asesinado por dos hombres diferentes; de modo que no hay nadie que el recién llegado mate. Así, las premisas no pueden ser ciertas de la colección aumentada a menos que la conclusión sea verdadera; lo que es tanto como decir que el conjunto permanezca finito.

664. Ahora, para volver a los números, supongamos que existiera tal número, como me comprometo a demostrar que no lo hay. Llamémoslo A (o si hubiera más de uno, llamemos a cualquiera de ellos A). Dejemos que el predicado, P, sea «es cero o se puede llegar desde cero por un conjunto finito de pasos de [un] número a [un] sucesor inmediato». Este predicado es cierto de cero, pero no de A. Aún así, no hay ningún número del cual sea cierto, y no de un sucesor inmediato, ya que suponer esto sería suponer que una colección finita de pasos dejaría de ser finita con adición de uno más. Así, la suposición de que existe tal número como A es absurda, y la proposición queda demostrada.

665. Estas pruebas no se basan en ninguna otra cosa más que una proposición abstracta. Pero una proposición abstracta es un tema para la observación tanto como cualquier otra cosa. Las pruebas consisten en remarcar implicaciones que no fueron pensadas en la proposición al principio. Nuestra premisa, decía que sin importar el predicado y el número que se eligiera, o ese predicado es cierto de ese número, o no es cierto de *cero*, o bien dos números se podrían encontrar de uno de los cuales, el que fuera sucesor inmediato del otro, el predicado no sería cierto, mientras sí lo sería del otro. Al pensar en esto, no consideramos si era o no posible que existiera un número no superior a cualquier otro. Pero cuando esto se sugiere, se nos lleva a señalar que al no haber sucesor inmediato de cualquier número pero no *cero*, es en sí mismo un predicado y el negativo de un predicado. Este es el tipo de observación propia de las matemáticas, el ver las cosas sustantivamente que sólo han sido consideradas de manera transitiva o transitoriamente; la operación de abstracción.²² ¿Cómo sabemos que es un predicado? Precisamente como sabemos que lo que está ante nuestros ojos es de color amarillo. Podemos, después del hecho, inventar una fórmula para cerrar el caso, pero aún así quedará algo sin defensa. Es realmente una compulsión similar a la del juicio perceptual con la que tenemos que tratar. Ambos argumentos resultan estar expresados en la forma de *reductio ad absurdum*, lo que es muy apropiado a las matemáticas para hacer resaltar su carácter fundamentalmente irracional. Pero es una mera forma de declaración. Cada *reductio ad absurdum* se puede expresar como un argumento directo. La reducción de las figuras de [del] silogismo ilustra, si es que no lo demuestra virtualmente, esta verdad.

666. Pero no es solo en lo que respecta a esta insistencia inmediata que lo real es lo que es, independientemente de cómo pensemos que sea. El futuro es real, así como el presente, en la medida en que está predeterminado; y quién si no un loco negará que en gran medida está predeterminado, al menos hasta cierto grado, si no irrevocablemente. De hecho, la tendencia de la filosofía moderna ha sido la de seguir la doctrina estoica de que el futuro es lo que ha de ser, de forma independiente —de algo; no creo que se dice con claridad de qué—. La explicación de este estado de la mente, en lo que se refiere a los estoicos, no es difícil. Los primeros estoicos en su afán de hacer comprensible el universo se esforzaron en descartar elementos de terceridad, con un sentimiento relativamente inconsciente de la navaja de Ockham. Como resultado, un firme

²² La teoría observacional (Ed.) de Peirce de las matemáticas se discute también en varios lugares de [CP] IV.

dualismo se adecuó perfectamente al duro destino de los esclavos y de los oprimidos; y a medida que pasó el tiempo y esta clase y sus descendientes se hicieron más influyentes, una moral severa, esencialmente dualista, floreció naturalmente en medio del terrible alboroto de esa edad, mientras que la terceridad fue empujada por completo a un segundo plano. El principal rival del estoicismo, el Epicureísmo, trató de progresar bien en su filosofía, incluso sin elementos de la segundidad. Cerca del 1600, fueron los realistas escolásticos los defensores de la terceridad, y su obvia oposición al nuevo aprendizaje y su corrupción espantosa de la universidad asqueó a los hombres nuevos. Por consiguiente la lucha fue entre Gassendi, el epicúreo, y Descartes, el real aunque inconsciente estoico. Me niego a creer que el futuro está predeterminado por completo; pero ciertamente lo está en gran medida, y por ello es independiente de todo lo que podamos pensar, desear, o hacer. Tiene el tipo de compulsión que pertenece al razonamiento inductivo, o la investigación experimental, la fuerza más poderosa que existe verdaderamente. Porque la investigación experimental se propone una hipótesis; sobre la cual basa predicciones en cuanto a la cuestión de los experimentos, y se le deja a la experiencia futura para dar a luz la conclusión desde la matriz del futuro. Este factor de la realidad es especialmente prominente en la realidad de la personalidad. Es lo que el hombre está destinado a hacer, lo que está encarnado en él del futuro, es lo que lo hace ser lo que es.

667. La diferencia entre la insistencia de lo que está ante nosotros y el poder de la predestinación es bastante obvia. Pero hay un tercer factor de la realidad, diferente a cualquiera de ellos. El pasado también es real, —por lo menos *algo* en él—. El futuro quiere arrancarlo; pero el elemento positivo es peculiar. La memoria no sería nada más que un sueño, si no fuera que las predicciones se basan en lo que consiguen verificar. Cuando pensamos cuán sutiles y enredados deben ser los fragmentos fundamentales de sentimientos (emociones) con los que la memoria construye su mosaico, nos vemos obligados a compararlo a conjeturas. Es un poder maravilloso de la construcción de cuasi-conjeturas o sueños que serán corroboradas por la experiencia futura. El poder de realizar esta proeza, que es el poder del pasado, es una suave compulsividad.

668. Allí están los tres elementos de la realidad: aquel por lo que las ideas surgen que han ocultado dentro de ellos un acuerdo con la masa de ideas; aquél por lo que una idea actúa directamente sobre otra; y esa fuerza desde el exterior que elimina a una parte de las ideas y fortalece el resto.

669. Para indicar la cuestión de otra manera: una idea, una conjetura surge en mi mente. Se sugiere a sí misma ante mí razonable, más o menos a la fuerza. El hecho de que se encomiende ante mí con relativa seguridad garantiza su acuerdo bastante cercano con lo que sugerirá de sí a mentes razonables, así como a la cuasi-mente detrás de los asuntos del futuro. Esa idea actúa sobre otras ideas y me obliga absolutamente a decir que se requiere que ciertas cosas ocurran en el futuro. Los futuros eventos suceden, en parte niegan y en parte confirman mi conjetura. No sé qué idea podemos formarnos de la realidad, excepto que es esa fuerza triple; o lo que lo real puede ser, salvo aquello sobre lo que todo el proceso tiende, como esperamos, a inducir a que se basen nuestros pensamientos.

670. Siendo así la naturaleza de lo real, ya que el percipuum confiesa contener un *dejo* [*souþçon*] de memoria, —es decir, de conjetura—, así como un *dejo* de visión, o atención para ver si el futuro viene como lo esperado, hay que confesar que, según el propio relato sobre sí mismo del percipuum, no sólo puede que este o aquel percipuum sea falso, —y debería ser considerado como tal en el caso de errores graves, si no de alucinaciones—, pero es incluso concebible que todo «percipua» contenga un elemento falso, perpetuamente verificado por la llegada de un «percipua» fresco, aunque estos «percipua» frescos introduzcan constantemente la falsedad de nuevo.

671. Pero es notable que en caso de que no aceptemos el propio relato de sí mismo del percipuum, pero sostengamos que el tiempo se compone de instantes absolutos, entonces parecería que no hay nada que la verdad empírica pueda significar salvo el acuerdo con lo que se da en esos instantes, que en este caso, de ninguna manera dan testimonio uno del otro o de alguna manera se refiere el uno al otro. Si eso fuera así, un percepto debería ser absolutamente cierto. Aquí, entonces, tenemos un testigo que testifica: «Hay una cierta dosis de falsedad en mi testimonio, lo sé», y un grupo grande e influyente de filósofos que protesta, «¡Oh, no hay tal cosa! Lo que digas es absoluta verdad».

672. Supongamos, sin embargo, que alguna falacia se esconde aquí, y que la doctrina de la conciencia instantánea no requiere lógicamente afirmación absoluta a todas las representaciones de la percepción. Aún así, hay que admitir que el único método de comprobación de la verdad es repetir este trío de operaciones: una conjetura; deducciones de las predicciones de la conjetura; prueba de las predicciones por medio de la experimentación (no necesariamente lo que llamamos técnicamente así, pero esencialmente es la

misma cosa, —ensayo—).²³ Nosotros, por lo tanto, descansamos necesariamente en el poder del hombre de adivinar la verdad. Dejémosle analizar la cuestión en la medida de lo posible; y démosle suficientes (no demasiadas) conjeturas para cada elemento simple, y eventualmente acertará correctamente. Ya que de esta manera asumimos inevitablemente que la mente tiene un cierto poder para desarrollar la verdad desde sus propias entrañas, las ideas naturales, como las declaraciones de «percipua», que tienen un derecho de precedencia, y deben ser respetadas hasta que el hecho las contradiga rotundamente. Pero hasta ahora todos los hechos de la observación están en marcado acuerdo con el tratamiento del percipuum como indicado anteriormente.

673. Si mi punto de vista es correcto, el tiempo es de naturaleza general. Es decir, puede ser un día; y un día es, en virtud de la existencia de una media mañana y una tarde; y una media mañana o tarde es, en virtud de las diferentes horas; la hora, en virtud de sus minutos, y así interminablemente. Pero nunca se puede encontrar un tiempo indivisible.

674. Es cierto que podríamos imaginar un movimiento pendular. El movimiento hacia la derecha cesa y el movimiento hacia la izquierda comienza. Si el péndulo es un cuerpo absolutamente rígido cuyas partes están todas obligadas a moverse precisamente de la misma manera, entonces, si el tiempo estuviera compuesto por fechas racionales solamente, no habría necesidad de que hubiera alguna fecha en la que el movimiento de la mano derecha terminara y el movimiento de la mano izquierda comenzara. En un verdadero continuum tiene que haber un momento común, pero no un instante absoluto, independientemente de todo lo que esté antes y después. Mirar los problemas a través del extremo equivocado de un telescopio, por así decirlo, —es decir, agregando las partes—, [nos mostraría que] existe algo en un momento totalmente independiente del pasado y del futuro. Pero al examinar el momento bajo un microscopio se encuentra este elemento independiente dividido en porciones, menos independientes entre sí. Por último, llegamos a esto, que si bien hay elementos de segundidad, —de compulsión irracional— ellos fluyen sobre nosotros de forma continua, por lo tanto siendo sometidos desde la primeridad a la terceridad. Quitemos un tiempo considerable, —como un día—, y sin duda, mucho más en ese día sucede de lo que no podría haber sido esperado. Pero si dividimos el día en horas, nos encontramos con que mucho

²³ (Ed.) Vea el Libro II, "Scientific Method" ("Método Científico"), en el presente volumen.

de lo que fue inesperado, en general, no es más de lo que podría haber sido anticipado de una parte; y así esto nos lleva a decir que lo inesperado no solo llega en cuentagotas, si no que en un flujo inapreciable.

675. En general, entonces, el percipuum no es un evento absoluto. No hay lapso de tiempo presente tan corto como para no contener algo recordado, es decir, tomado como una conjetura razonable, no sin contener algo esperado para la confirmación que estamos esperando. El elemento peculiar del presente, que nos confronta con ideas que nos impone sin razón, es algo que se acumula en las totalidades de tiempo y se disipa cuanto más minuciosamente el transcurso del tiempo es escrutado.

676. No hay percipuum tan absoluto como para no estar sujeto a posibles errores.

677. El percipuum es un reconocimiento de la naturaleza de lo que es pasado, el percepto que pensamos que recordamos. La interpretación se impone a nosotros; pero no hay razón que se le pueda dar.

678. Pero cuando experimentamos una larga serie de fenómenos sistemáticamente relacionados, repentinamente, la idea del modo de conexión, del sistema, surge en nuestra mente, se nos impone, y no hay justificación para ello y tampoco explicación aparente de cómo llegamos a verlo. Uno puede decir que juntamos esto y aquello; pero ¿qué es lo que sacó a la luz esas ideas desde las profundidades de la conciencia? En esta idea, que brota de la experiencia de una parte del sistema, construimos inmediatamente expectativas de lo que está por venir, y asumimos la actitud de esperar por ellas.

679. Es de esta manera que la ciencia se construye; y la ciencia sería imposible si el hombre no tuviera una tendencia a conjeturar correctamente.

680. Es en vano decir que la doctrina de las posibilidades daría cuenta del hombre finalmente dando en lo correcto. Porque si sólo hubiera un número limitado n de hipótesis que el hombre pudiera formular, de manera que $1/n$ fuera la probabilidad de que la primera hipótesis fuera correcta, todavía sería un hecho notable que el hombre sólo pudiera formular n hipótesis, incluyendo en el número la hipótesis que la futura experimentación podría confirmar. ¿Por qué deberían las n hipótesis del hombre incluir la correcta? La doctrina de posibilidades nunca podría explicar eso hasta que estuviera en posesión de la estadística de las hipótesis que son inconcebibles para el hombre. Pero ni siquiera ese es el verdadero estado de las cosas. Es muy difícil decir cuántas

hipótesis un físico podría concebir para dar cuenta de un fenómeno en su laboratorio. Podría suponer que las conjunciones planetarias tienen algo que ver, o alguna relación entre las fases de la variabilidad de las estrellas en *Centauri*, o el hecho de que la emperatriz Dowager se habría sonado la nariz 1 día 2 horas 34 minutos y 56 segundos después de que hubiera muerto un habitante de Marte. La verdad es que muy pocas hipótesis le parecerán a un físico razonables; y la única verdadera hipótesis es por lo general de este pequeño número. ¿Por qué? Puede responderse, ciertamente, que la experiencia nos ha enseñado que la astrología, las correspondencias, la magia, y muchas hipótesis que antes se consideraban razonables deben dejarse a un lado. Sí, pero si el hombre primitivo no hubiera tenido, desde el principio, alguna tendencia a preferir hipótesis veraces, ningún período de tiempo, — absolutamente ninguno— habría sido suficiente para educarlo aún hasta el estado de ánimo de Aristóteles en su *Physical Auscultation* tan ridículo como ahora nos parezca. No, es absolutamente necesario admitir alguna conexión original entre las ideas humanas y los eventos que el futuro estaba destinado a desarrollar.

681. Pero eso es algo muy parecido a la telepatía. Aunque de qué serviría la telepatía, si se tratara de un hecho establecido. Estaría entonces demostrado que las personas tienen alucinaciones no muy infrecuentemente, y que una alucinación de un gran número (pero con más frecuencia de la que la coincidencia fortuita podría explicar) coincide con la subsiguiente experiencia en un grado tal como para atraer la atención; porque aún si realmente hubiera telepatía deberíamos suponer, por lo que sabemos de la naturaleza humana, que el acuerdo con la verdad tiende a ser muy exagerado. En este caso, la telepatía sería un fenómeno algo más alejado de la percepción que las conjeturas por las cuales los físicos a menudo dan con la verdad.

§ 6. Conclusión

682. Muy bien, entonces. ¿A dónde nos lleva todo este divagar? Nadie, por supuesto, niega los *fenómenos* que los telépatas nos presentan; es decir, que las correspondientes historias son contadas. La única pregunta es si van a ser

explicadas por la operación del manejo de las causas generalmente *activas*²⁴ en este tipo de fenómenos.

683. La doctrina de la telepatía no está establecida, y está lejos de establecerse como una verdad científica. Porque está entendido, cuando los telépatas toman su postura para definirla, que niega la esperanza en que se basa toda ciencia. Sin embargo, si la modificamos, a fin de evitar ese carácter positivamente anti-científico, ¿a qué equivaldría? A que rara vez una persona a cierta distancia de otro tenga una alucinación o una convicción positiva aparentemente irracional, que representa algo que le haya ocurrido a esa otra persona y que resulte ser verídico, con una frecuencia y a un nivel que no sabemos cómo explicar, y que parece misterioso. Pero la ciencia no puede hacer uso de una proposición tan vaga como esa. ¿Dónde está el fenómeno, o la característica de un fenómeno, en el que, si examinamos atentamente, no encontraremos mucho que nuestra ciencia no pueda aún explicar?

684. No hay, sin embargo, ninguna parte del trabajo de la ciencia que deba alcanzar un nivel más alto del que trae un fenómeno al conocimiento de la ciencia. Ese tipo de trabajo, que Chladni hizo para las piedras que caían, es lo que los psíquicos están tratando de hacer para las alucinaciones verídicas y similares, y que sin duda van a perseverar hasta que lo consigan. No creo que ellos hayan mostrado gran genio para la investigación; pero deben ser respetados por la devoción, la conciencia, y la constancia con la que han seguido este propósito.

685. El público en general no tiene idea exacta en qué consiste el trabajo de un investigador científico, ya que los libros de «divulgación científica» no dan ninguna idea de ello. Pero el público en general no es tonto en el juicio de la naturaleza humana; y el público en general es decididamente de la opinión de que existe tal cosa como la pedantería científica que se hincha con complacencia cuando puede burlarse de observaciones populares, no siempre con prudencia. Debo confesar que en las generaciones pasadas científicos de gran eminencia en ocasiones han caído en este error; pero no va a ser así de aquí en adelante. En cuanto a Sir William Crooks sus investigaciones experimentales más exquisitas estaban todavía en el futuro, cuando mostraba por primera vez una apertura mental aún más admirable. Ni Newcomb ni Langley eran físicos desgastados o demasiado viejos cuando tomaron

²⁴ Destacado de la traducción.

posiciones destacadas en la Psychical Research Society; ninguno de los dos, en ese momento, había conseguido sus triunfos experimentales más brillantes.

686. ¿Qué escuela de filósofos es la que le atribuye a la mente humana los poderes más extraordinarios? Uno podría suponer que serían los idealistas y espiritualistas, pero por extraño que parezca, son los que se ufanan a sí mismos como materialistas y los que insisten en que nada es real excepto la *masa* y el *movimiento*. Con el fin de mantenerlo, ellos están obligados a decir que la *ley* no es más que una quimera de la mente humana. La *ley* ciertamente no puede estar atrapada en la trampa de la masa, ni en la del movimiento. Esa es por cierto su verdadera razón para transformarla en una ficción. Ahora bien, ¿no es la más maravillosa de todas las cosas que la mente pueda crear una idea para la que no hay prototipo en la naturaleza, ni nada en lo más mínimo que se le parezca, y que por medio de esta absoluta ficción pueda predecir los resultados de los experimentos futuros y por medio de ese poder pueda durante el siglo XIX haber transformado la faz de la tierra? La telepatía, con su poca frecuencia y su habitual carácter engañoso (porque no hay ninguna razón para separar las alucinaciones verídicas de las no verídicas, como fenómenos esencialmente diferentes), sería en comparación una facultad insignificante.

687. Por mi parte, no puedo aceptar tal teoría. Le atribuye al hombre poderes que sabe muy bien que no posee. Me parece a mí que el único punto de vista admisible es que la razonabilidad, o idea de ley, en una mente humana, al ser una idea por la que se realizan predicciones objetivas —ya que todas las teorías físicas se originan en las conjeturas humanas y experimentan solo cortes de lo que es erróneo y lo que determina los valores exactos— tiene que encontrarse en la mente como una consecuencia de su estar en el mundo real. Pues, al ser la razonabilidad de la mente y de la naturaleza esencialmente la misma, no es sorprendente que la mente, tras un limitado número de conjeturas, sea capaz de conjeturar cuál es la ley de cualquier fenómeno natural]. Hasta qué punto este poder de la conjetura puede ir, desde luego no lo sabemos. Sí sabemos que ha ido lo suficientemente lejos como para haberle permitido a los hombres hacer ya considerable progreso en la ciencia. Si se extiende o no a que muy raramente una mente pueda conocer lo que pasa en otra a distancia, parecería ser ésta una cuestión para investigar tan pronto podamos ver el modo de hacerlo inteligentemente. Yo no creo que las preguntas puedan ser resueltas de forma permanente desdeñando una u otra alternativa.

688. Es curioso ver como los materialistas, —o los que se sienten halagados al ser llamados así—, se vanaglorian de estar libres de «creencias». En verdad, es de suponer que imaginaban como posible que un hombre llevara su vida sobre la base de la doctrina científicamente establecida. Es cierto que un ingeniero, civil, mecánico, eléctrico, o químico, es capaz de hacer esto en el estado avanzado de la ciencia hoy, en la medida en que tiene que lidiar con materiales. Pero aún siendo un miembro de una de estas cuatro profesiones, las únicas de las que puede decirse que se reducen completamente a las aplicaciones de los principios científicos, incluso él aún encuentra que la ciencia exacta le falla en el trato con los hombres, —es decir, en la consideración del uso que va a tener a su construcción, en la consideración de cuestiones financieras, de sus relaciones con aquellos que han de ejecutar sus planes—. Para todo lo demás en la vida las creencias no científicas tienen que ser fiables para el presente; y, en particular, es precisamente lo que hemos de *crear* acerca de la telepatía lo que todos tenemos curiosidad por saber.²⁵ 📖

²⁵ (Ed.) El manuscrito se interrumpe poco después de este punto.